

ELOGIO FÚNEBRE

EN LOS

SOLEMNES FUNERALES DE TRIGÉSIMA

celebrados el 1.º Marzo 1888

EN SUFRAGIO DEL LLORADO SACERDOTE

DON JUAN BOSCO

FUNDADOR DE LOS SALESIANOS

LEIDO

EN LA PARROQUIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

EN ROMA

POR S. E. RMA. MONS. EMILIANO MANACORDA

OBISPO DE FOSSANO

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR

EL SR. DR. D. LUIS BARROS MENDEZ

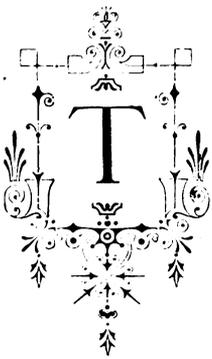
Agregado á la Legacion Pontificia para Chile



BARCELONA-SARRIÀ

Tipografia de los Talleres Salesianos

1888



ODAS las cosas que Dios ha hecho, cada cual á su tiempo, son buenas; mas entre éstas hay algunas que de la primitiva Bondad hacen desprecio y se pierden en el olvido de la posteridad; por el contrario otras, inspirándose en la sabiduría de Aquel que les dió el sér, desenvuelven en sí el principio de esa perfección que asemeja la criatura al Creador, llegan á ser imágenes del Verbo Eterno por el cual las cosas todas fueron sacadas de la nada, llevan el sello de la inagotable bondad del Señor y resplandecen sobre la faz de la tierra á la manera de fulgidísimos astros. El mundo las mira con admiración y complacencia; mas, desaparecen luego, una vez que han desempeñado su papel, efectuado su misión, tocado la meta señalada por el Supremo Hacedor. Sin embargo, su partida

deja tras de sí tales huellas y esplendores, que superan la vorágine del olvido: breve es su paso por entre las criaturas, pero queda duradera y gloriosa su memoria en las alabanzas de los futuros siglos.

Está en los decretos de la sabia economía divina el que así resplandezca la virtud sobre la tierra, pero que en el cielo solamente ciña corona de gloria. El mundo es una gran fábrica donde el operario se fatiga, sufre y llora; pero la recompensa le está preparada en el reino de la inmortalidad.

El tiempo no es cosa adaptable para premio del heroísmo; se necesita algo de más estable, algo de más eterno que el tiempo no tiene. Porque en verdad, si hija de Dios es la virtud, al perfeccionarse se sumerge en Dios, y, hecha partícipe de la naturaleza divina, tiene en Dios mismo su término y en la muerte recoge los laureles del triunfo del espíritu sobre la materia. No podría ser de otra manera, porque si el mundo es lugar de prueba, la vida mortal una tentación, una guerra continua, es preciso buscar más arriba la palma y el premio. Estos son los principios fundamentales que me dan razón del hecho; pero mi corazón apesadumbrado y lleno de tristeza y melancolía, no sabe darse un instante de paz! ¿En dónde está la causa de mi dolor?

Han transcurrido pocas semanas desde que, abandonada mi diócesis amada, llegué á esta ciudad, para humillar desde más cerca el homenaje de mi pobre corazón al Sumo Pontífice, que por sus singulares prerogativas, despierta el entusiasmo de los pueblos y difunde por el mundo los tesoros de la sabiduría y del contento cristiano. Hospedado con cortés afecto, por estos mis queridísimos Salesianos, me deleitaba contemplando este templo monumental, que me representa la fuente inagotable del amor verdadero, el propio tiempo que la inspiración inagotable del Supremo Gerarca que dá forma y vida á la piedad de los fieles. Mi pensamiento en tanto que á Dios rendía gracias y atestiguaba reconocimiento, corría al *Oratorio Salesiano* de Turin para admirar á aquel hombre grande consumido y agotado en doce lustros de interminables fatigas y trabajos, que casi inválido é inmóvil, aún hacía prodigios de fé y caridad y se preocupaba ardientemente de llevar á feliz término el templo consagrado al Corazón sacratísimo de Jesús. No había

ya en él la vida del cuerpo, y sin embargo todavía se acrecentaba en él la vida del espíritu. El vivía la verdadera vida: y yo al contemplar todo esto, me sentía deliciosamente satisfecho.

Ahora tengo delante de mis ojos el afligidísimo *castrum doloris*, giro en torno de él, lo miro sin que me alegren las sorprendentes obras del arte; la arquitectura, las pinturas, las riquezas de los mármoles no hacen más que acrecentar mi tristeza. Los crespones que cubren las paredes y visten los altares, me hablan el lenguaje de la amargura y del llanto. Mi propia presencia en medio de vosotros, señores, no tiene otro significado que el de hacer comunes nuestras aflicciones y el de decir la causa de nuestras lágrimas.

¡ Oh apóstol venerando, amor de tantos corazones y artífice de tantos amores ! ¡ Oh corazón que tantos corazones encendiste en el amor cristiano ! ¡ Oh alma bella que resplandeciste en este valle de miserias, con las maravillas de tus virtudes ! ¡ Sacerdote **Juan Bosco**, ¿por qué nos abandonaste ?

En vano volvemos en torno la vista guiada por el afecto para volver á encontrarte..... Lo comprendo..... Otro templo incorruptible te estaba preparado, no este templo del Sagrado Corazón, sino el mismo Corazón sacratísimo de Jesús te acogió; y ahora, no lo dudo, eres feliz en el gozo de tu Señor !

¡ Cuán admirable es la intervención divina en este sacerdote ejemplarísimo; cuán sorprendente y fecunda su caridad ! Yo no sabría detenerme de otra manera en la contemplación de la vida admirable de **D. Bosco**, que elevando mi pensamiento á los designios de la divina Providencia, que prepara al siervo fiel para las grandes obras, y sin detener al mismo tiempo mis reflexiones en la potencia y eficacia de aquella caridad que hizo á **D. Bosco** objeto de maravilla y veneración profunda en todas las clases y en todas las naciones.

Si Dios me asiste y la benigna indulgencia vuestra me escucha, diré de **D. Bosco** que por medio de la gracia se preparó á cumplir los designios de la Providencia, y que con la pujanza de su caridad se manifestó gran bienhechor del pueblo cristiano.

Dios saca de la nada las cosas que no existen por un fin que le es conocido, y conserva las cosas creadas con sus medios y dentro

de los límites que tienden á la consecución del fin que al crearlas se habia prefijado: de aquí que en las cosas creadas hay bondad no solo en la sustancia, sino tambien en cuanto á la ordenación al fin y especialmente al fin último. No sería posible concebir en Dios un acto creativo, sin presuponer que en su mente preexista la razón de fin.

Y si bien es propio aún de la criatura racional el obrar por un fin determinado, todavía la ordenación de los medios al fin no puede extenderse más allá de los confines señalados por la casualidad del primer agente que es Dios, sin contrastar las disposiciones del Creador que todas las cosas ordena, no solo en género sino tambien en especie, á un fin proporcionado.

Verdad es que la ejecución de los designios de la Providencia, como enseña el Angélico Doctor, pasivamente está en el gobernado y activamente en el gobernante: *Executio Providentiæ, quæ gubernatio dicitur, passive quidem est in gubernatis, active autem est in gubernante* (1); mas es tambien verdad que Dios al dar al hombre el libre albedrío, explícitamente dijo haberlo dejado *in manu consilii sui*, con cuya libertad el hombre debe positivamente conformarse y someterse á la providencia de Dios y obrar segun los designios de ella. Está en esta conformidad y sumisión el mérito y la santidad; no digo que en sus actos el hombre no tenga necesidad del concurso incesante de la causa primera, porque precisamente ella suministra los medios y la virtud operativa en el agente especial, por lo cual la virtud de todo agente debe atribuirse á Dios que de toda operación es causa.

Todo esto he querido sentar preferentemente á fin de dar bien á entender el significado y valor de cualquier juicio mio sobre las obras de nuestro llorado **D. Bosco**, convencido, como estoy, de que toda alabanza debe referirse al primer agente como á principalísimo autor, mas bien que al ejecutor ó agente segundo y subordinado.

El siglo XIX, en medio de sus glorias, tiene la bochornosa afrenta de haber dado acogida á todas las aberraciones intelectuales y á todas las torpezas de las más bajas pasiones que oscurecieron y contristaron los siglos que nos precedieron. El gérmen de la filosofía

(1) I, Q. 22, Art. 2.

racionalista del siglo pasado ha fructificado: nosotros recogemos sus frutos; las pasiones desenfrenadas germinaron y se dilataron bajo el influjo de la razón descaminada: la rebelión contra Dios tiene trastornadas las cabezas: el huracan del vicio domina y paraliza las fuerzas del corazón. El mundo moderno huye de las miradas del cielo: los corazones no saben amar sino lo que se refiere á los sentidos. ¿Quién sabría decirme los errores ó la herejía del siglo nuestro?

Dios que crea es sin embargo el que conserva, y desde su divino trono mira con paternos ojos á la humanidad á pesar de que, corrompida en su manera de vivir, está la tierra llena de iniquidad; y como siempre, tambien para nuestro siglo concibió designios para proveer á sus necesidades.

Era el año de 1815, año de grandes acontecimientos, de triunfos para la justicia, de derrotas para la iniquidad. La pesada mano del Señor se hacia sentir sobre la cabeza del indómito perseguidor del Vicario de Cristo. De Waterloo, el 18 de Junio, á santa Elena, el 15 de Octubre, se cumplieren los decretos divinos que vengaban á la inocencia; y entre esas dos fechas, el 15 de Agosto, vino á luz, de piadosos y honrados padres en Castelnuovo de Asti, Archidiócesis de Turin, un niño al cual le fué dado el nombre de Juan, precioso regalo que Dios hacia á la Iglesia y á la sociedad, como para recompensar á la una y á la otra de los reveses soportados y de los sufrimientos padecidos.

El niño **Juan Bosco**, dotado de ingenio despierto, de corazón sumamente expansivo y de índole ardiente, crecía en años sin aquellos medios que se reputan indispensables para una instrucción conveniente; pero su genio y el amor del bien suplieron la falta de medios. La escuela de la pequeña ciudad y la intensidad de la buena voluntad, hicieron que el niño, con admiración de todos, aprendiese las primeras letras é hiciese esperar sus futuros sucesos. Retirado al seminario de Quieri, robusteció más que nunca sus propósitos, atendió con ardor al estudio, al mismo tiempo que trabajaba en lo íntimo de su corazón por la adquisición de las virtudes morales; mas de una manera del todo particular, sentía el impulso de la caridad hácia el prójimo, y fué á esta gran virtud á la que dedicó el ejercicio de todas sus potencias.

El Creador lo había adornado con abundancia de fuerzas sensitivas aprensivas, sus sentidos estaban predispuestos para la mejor cultura, en relación á los designios de aquella Providencia que, al crearlo, le prefijaba un fin proporcionado, dotándolo á un tiempo mismo de tales potencias intelectuales, que fácil le fuese la adquisición de los medios en conformidad á la grandeza del fin.

Por tanto, nuestro querido jóven sentía fuertemente y con ansia afectuosa tendía á secundar de la mejor manera posible ese principio motor que de lo alto obraba en él para la ejecución de los designios supremos. De aquí el trabajo incesante en ordenar y someter las potencias sensitivas á la razón, por medio de no interrumpidos ejercicios interiores; así que el hábito contraído puédesse contemplar en él como una nueva naturaleza enmendada de nuestras discordantes inclinaciones naturales.

No era menor ni ménos importante en él el ejercicio para recoger, desplegar, dirigir y conformar las potencias intelectuales; de donde, iluminada la inteligencia como una linterna encendida, con sabia destreza se dominaba á sí mismo y seguía el recto sendero con el auxilio y buen uso de las facultades inferiores y bajo los auspicios de la divina gracia.

Y aunque los hábitos intelectuales de por sí no tengan razón de virtud, no obstante en cuanto en nuestro **Don Bosco** tienden positivamente á habilitarlo para obrar el bien por la consideración de lo verdadero, se pueden considerar como virtudes reales y el *bonum opus intellectus*, que en ejercicio del conocimiento del bien desarrolla la potencia apetitiva y mueve eficazmente la voluntad á las firmes determinaciones y á obrar segun virtud.

El interior de nuestro pequeño Juan era un verdadero laboratorio, en el cual todas sus potencias sin cesar estaban en movimiento y ejercicio, coordinadas con admirable armonía al fin que formaba el objeto de todas sus preocupaciones, la gloria de Dios en la salvación de las almas.

A la verdad no fué pequeña empresa ésta en nuestro jóven, ni ménos importante y estupendo el resultado obtenido; pues la parte irascible era poderosa en él y nada fácil para ser domada. Sin embargo, la encontramos vencida, arrancada de raíz la índole misma, trasformada casi y atada al yugo de las facultades superiores

ilustradas y suavemente guiadas por la gracia. Fué una de aquellas victorias decisivas de que dependió toda su mayor grandeza posterior, que hizo de **D. Bosco** por cincuenta años la admiración de medio mundo. Desde aquel momento atesoró gran copia de luces extraordinarias, correspondió en su pecho á las enseñanzas de Dios y estuvo atento para recoger en su corazón la prudencia, la sabiduría, es decir, el obrar con rectitud y tino práctico en conformidad al espíritu de Dios.

Luego que hubo pasado al seminario grande para atender á sus estudios teológicos, á medida que duplicaba su solicitud en la cultura de la vida interior, difundía en torno cierta dulce fragancia espiritual que lo hacía objeto de admiración y veneración entre sus compañeros y superiores, que lo miraban con sentimientos de afectuoso respeto, advirtiendo en él todos los caracteres de una alma inocente y privilegiada y de un corazón ardiente y anhelante de grandes empresas. Y efectivamente, desde aquella época y entre las graves preocupaciones del estudio teológico, no cesaban un instante sus solícitos cuidados por la juventud abandonada. Su corazón discurría de aquí allá, á cada hora del día y de la noche; habría querido multiplicarse para estar presente en todas las calles y en todas las plazas donde se encontrase un niño pobre para abrazarlo en el acto, para calentarlo con el afecto de su corazón, para proveerlo de los tesoros de la caridad, para instruirlo con la sabiduría cristiana. No le era posible retardar más la ejecución de los designios de la Providencia, y hé ahí que se prepara para las primeras pruebas. Eran semillas que debían poco despues germinar y fructificar; no diré *experimentos*, porque la seguridad con que en toda su vida dió principio á las obras de su apostolado, excluía todo ensayo.

Empezaba el año de 1841, año fecundo en dulces y preciosos recuerdos, cuando fué escogido por Dios para formar en las filas de su sagrada milicia sacerdotal el dignísimo **Juan Bosco**.

Al acercarse un momento tan solemne, el jóven levita multiplicó sus ejercicios interiores y sus plegarias, redobló su fervor para implorar aumentos de gracias y para mejor escudriñar los designios de la Providencia; y así como con los ejercicios interiores había adquirido el dominio de sí mismo, así con la oración continua se

había hecho familiar con Dios y había entrado en sus confidencias de tal modo, que desde aquel tiempo, con cierta claridad espiritual presentía lo que había de hacer en su edad madura.

De aquí que pusiera su conversación en el cielo, de aquí su laboriosidad en la cultura del espíritu mediante la gracia que le era del cielo copiosamente comunicada. Consiguientemente las fuerzas apetitivas se desarrollaban en **D. Bosco**, se acercaban, se encendían en el fuego de la caridad y dilatábanse admirablemente.

El amor hacía el prójimo le brotaba ardiente encendido en llamas, dovorante, irresistible; y como tenía su raíz en Cristo Jesús, no admitía obstáculos ni insuficiencia de medios para cumplir la voluntad de Dios que le hablaba al corazón. Fija la mirada allá donde reposado había su mente, hablaba de los acontecimientos futuros, relativos con el lenguaje de quien siente con seguridad la suprema inspiración. El mes del Sagrado Corazón de aquel mismo año le fué á su vez portador de grandes gracias y privilegios.

El diácono **D. Bosco** el 5 de Junio recibía la gracia de la ordenación sacerdotal, gracia grande y principio de una laboriosidad maravillosa.

D. Bosco, como general de ejército que desde la falda del monte girase la mirada sobre el campo de acción, hiciese cálculos y tomase medidas, tal hacia estudios sobre las actuaciones de los designios de Dios que llevaba profundamente impresos en el corazón. Apoyado en la gracia, veía ya allanados los caminos, asegurada la meta: «Sus senderos son hermosos y en todos sus caminos está la paz (1).»

Una capilla contigua á la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asis en Turin, fué elegida como primera oficina para la ejecución de las grandes empresas que **Don Bosco** había concebido en su mente. Allí recogió al primero de sus niños, el pobre huérfano Garelli, y por medio de éste, se atrajo una veintena de otros compañeros suyos. Para **Don Bosco**, la comenzada obra ya preludiaba un gran suceso.

Allí, en los días festivos, se cantaban alabanzas al Señor y á la Virgen, se hacía el Catecismo y recreaciones instructivas: el número

(1) PROV. c. 3, v. 17.

crecía indeterminadamente. Fué necesario buscar otros locales más adecuados, y con la protección del inolvidable Arzobispo Franzoni, llevó **Don Bosco** su comenzado oratorio á una iglesita muy pequeña perteneciente á la Marquesa Barolo, y allá se inauguró el nuevo *Oratorio* que realmente puede llamarse el primero, con cánticos sagrados, con la celebración de la santa Misa y con la Comunión de casi todos los niños presentes.

Era indecible la alegría de nuestro **D. Bosco**. Mas apenas siete meses despues de instalado, debía desalojarse la casa y buscar otros medios, otras localidades para proseguir la obra de Dios.

Aquello fué para todos una gran tristeza; pero **D. Bosco** en los contrastes tomaba aliento, y volviéndose á sus queridos educandos, les dijo estas palabras: «No dudemos ni por un instante siquiera que en nuestro *Oratorio* irá creciendo siempre más el número de los niños que lo componen, que practicarán la virtud, que cantarán las alabanzas sagradas y celebrarán juntos las fiestas, que tendrán escuelas por la tarde y despues diurnas y laboratorios. Por tanto no nos abandonemos al dolor. Pongamos nuestras solicitudes en las manos del Señor y el Señor vendrá en nuestro socorro.»

Por tanto, **D. Bosco** vuélvese de nuevo al venerado monseñor Franzoni y obtiene la iglesia del Cenotafio del santo Crucifijo á fin de reunir allí á sus niños.

Mas ¡Cómo! Aun aquí la prosperidad fué poco duradera: el canto de las alabanzas sagradas, el ruido en las recreaciones de los niños, ofendían la excesiva sensibilidad del vecindario, y esto fué suficiente motivo para provocar un decreto municipal que ordenaba la partida á nuestro querido **D. Bosco** y á sus niños.

La brevedad del tiempo no me permite detenerme en las vicisitudes y peripecias más ó menos dolorosas que siguieron á esta segunda disolución de la inofensiva comitiva.

Por algun tiempo el *Oratorio* no presentó otro aspecto que el de una colonia nómada ó el de una tribu sin techo.

Ahora lo vemos en el monte de los Padres Capuchinos, ahora en nuestra Señora de la Campaña ó bien en la altura de Superga. Mas la estación del invierno se aproximaba y fué menester prevenirse y proveer. Entonces tomó en arriendo tres habitaciones en Valdocco, donde estrechos y encerrados pasaron el invierno en las peores

condiciones, continuando las instrucciones del catecismo, las recreaciones y los otros ejercicios propios del *Oratorio*.

Pero el espíritu del mal rugía y perseguía al Apóstol de los niños aún en aquellas pocas habitaciones solitarias fuera de la ciudad.

Pocos meses pasaron y de nuevo con pretexto de los juegos de los niños, **D. Bosco** era arrojado bruscamente. ¿Qué hacer? Abandonar la santa empresa habría sido el partido más fácil. Tal era el consejo de sacerdotes venerables de Turin. No lo entendía así **Don Bosco**, quien, inspirándose en lo alto, respondía: «La Divina Providencia me ha enviado estos niños, y yo, crédmelo, no despediré ni siquiera uno. Tengo invencible certeza de que la misma Providencia proveerá de todo lo que necesitan, y ya que no se me quiere alquilar un local, yo fabricaré uno con el auxilio de María Santísima.»

«Nosotros tendremos vastos edificios capaces para recibir á tantos niños como vengan; tendremos talleres de todas especies para que los niños puedan aprender un oficio según sus inclinaciones; tendremos patios y jardines para la recreación, y en fin, tendremos iglesia y numeroso clero que instruirá á los niños y tendrá cuidado especial de aquellos en que se manifieste la vocación religiosa.»

Me inclino á creer que un programa tan inaudito y prolijo en las circunstancias ya referidas, en medio de contrastes y hostilidades de todo género, no sea obra de hombre ó producto de humana inteligencia por previsora y sorprendente que se suponga, sino que Dios mismo hablase por boca de su siervo. Era un *ultimatum* de resistencia á los contrarios y de acción ofensiva contra las potencias infernales.

No importa que él se presente destituido de todos los medios y contrariado de mil maneras: mediante la fé, Cristo habita en su corazón: arraigado en la caridad y rico de aquella ciencia que á todas las otras sobrepuja, «camina en la sencillez y por tanto va seguro (1), lleno de la plenitud de Dios, se abandona á él» «que es poderoso para hacer todas las cosas con superabundancia superior á lo que pedimos ó comprendemos según la virtud que en nosotros obra (2).»

(1) PROV., c. 10, v. 9.

(2) S. PABLO á los Efesios, c. 3, v. 20.

No había para nuestro **D. Bosco** hospitalidad en la parte poblada, y hé ahí que sale animoso al campo abierto. Toma en arriendo un sitio en la misma región de Valdoccó, y allí recoge á sus niños, catequiza, instruye, recrea y fija cátedra en una pequeña elevación del terreno; administra la confesión sacramental que lava las conciencias. Con una tambora rota y remendada de la mejor manera dá las señales de disciplina y con una corneta vieja las órdenes del silencio y de marcharse. A los más aquello parecía extravagante: ¡ feliz extravagancia en verdad!

Ya al oír el programa referido más arriba, se vociferaba que **Don Bosco** enloquecía; pero en el estado presente de las cosas, su locura era considerada como un hecho acertado y sus más benévolos protectores estudiaban la manera más prudente de llevarlo con cualquier pretexto verosímil al manicomio.

Se prepara **D. Bosco**, y cuando estaba todo dispuesto y el coche lo esperaba á la puerta, él con un aparente acto de cortesía, quiere que entren primero en el carruaje los dos sacerdotes que iban á acompañarlo, y luego con presteza cierra la portezuela y hace partir los caballos dando orden al cochero de dirigirse al lugar indicado. De esta manera, no **D. Bosco** sino sus benévolos amigos llegaron á las puertas del manicomio dejando libre al supuesto loco, para que con su santa locura trabajase y curase las cabezas á tantos que se creen sabios.

El sitio de las locuras se trasformó bien presto en lugar de prodigios, quiero decir, de prodigios de caridad. El programa estaba publicado, era preciso ejecutarlo, y **D. Bosco** no acostumbraba retardar las cosas. El *Oratorio* comienza con sus talleres, con sus clases, con sus patios, con los jardines para recreo y con la iglesia para la oración y para el culto sagrado: San Francisco de Sales es el titular y patrono.

Pero los acontecimientos políticos se acumulan, el grito de alarma trae la borrasca y el desorden á las cabezas, y los mismos alumnos del seminario de Turin, atraídos por el ideal de la patria independencia, corrieron en buen número á formar en las filas del ejército real. Se cerró el seminario mayor, y los pocos clérigos que quedaron se volvieron á sus respectivas familias, privados de los medios necesarios para llevar á cabo su instrucción y educación eclesiástica.

¿Quién habría osado jamás en aquellos momentos de fanatismo delirante, fijar el pensamiento en la reflexión serena de medidas oportunas y eficaces? ¿Quién? Salid de la población, corred á Valdocco, allí teneis un corazón que arde pero no delira, una mente que reflexiona pero no se nubla, un hombre que sabe ser superior á su tiempo ¡**D. Bosco!**

Él toma bajo su cuidado á los seminaristas, asume la dirección del seminario menor de Giaveno, y entre sus mismos caros obreros del *Oratorio* escoge aquellos que hacen esperar mejor suceso en los estudios. Puede decirse que **D. Bosco** no interrumpía las clases de día ni de noche.

Él es acción perpetua en el silencio y en la tranquilidad de su espíritu. En su obra ahora están puestas las esperanzas del jóven clero turinés; á él corren los superiores, se vuelven los alumnos y en él confía el Àngel de la Archidiócesis.

No obstante todo esto, el *Oratorio* extendía sus fundaciones por diversos centros de la ciudad y nacían los pequeños *oratorios* de San Luis, de los Santos Àngeles Custodios y de San José.

Ni se limitaba la caridad de nuestro **D. Bosco** al cuidado de los niños, sus miras eran más vastas, se habia propuesto la idea de poner un dique á las irupciones de la prensa perversa, y comenzó á publicar su preciosa y célebre colección de libros populares bajo el título de: *Lecturas Católicas*. Increíbles son las molestias ocasionadas por esas publicaciones y las amenazas y, por fin, atentados contra su vida; « pero el camino del justo es como la luz que amanece, avanza y crece hasta el pleno día (1). » Las producciones de su ingenio se multiplican en la prensa pública y el movimiento siempre creciente de su *Oratorio* produce nuevas obras, nuevas invenciones de la caridad. Los niños afluyen de una manera sorprendente, y no pocos adultos así eclesiásticos como seglares, se entregan á **D. Bosco** para coadyuvar en su apostólica empresa.

¿Y los medios? ¿Y la vigilancia para mantener la disciplina? Para contestar á tales preguntas es preciso que llevemos nuestro pensamiento al día en que **D. Bosco**, al ofrecer á Dios el Cordero immaculado en su primera misa, suplicaba al Dispensador de todo

(1) PROV., c. 4, v. 18.

don perfecto, en previsión de futuras necesidades, que le concediese la *eficacia de la palabra*; y su oración fué tan plenamente atendida, que todo, ya sea mirada, palabra y movimiento, tenía en él razón de lenguaje.

A la manera que su mente penetraba y su corazón con las fuerzas de la caridad atraía manifestándose con atracción irresistible, así también sus ojos ejercían influjo á la vez en las potencias de la mente y del corazón de los demás.

Con una mirada mesurada, calmosa, en que brillaba la serenidad, se imponía del pensamiento ajeno y, cuando quería, con la misma fuerza se hacia entender sin recurrir á otros medios. Tal vez un acento, una palabra, una sonrisa acompañada de una mirada fija, significaba una pregunta, una respuesta, una invitación ó un discurso entero. Yo diría que para **D. Bosco** la palabra era poco menos que inútil; estaba de tal manera investido del espíritu, que para comunicarse parecía no tener necesidad de ella. Sus sentidos y todos sus miembros procedían del modo más perfecto subordinados á la razón: su cuerpo era efectivamente siervo del alma y su vida oculta en Dios se dilataba en el pensamiento y en el amor.

· **D. Bosco** era pensamiento y amor.

Las sorpresas, las precipitaciones, los ademanes violentos no han dejado huellas en la vida de **D. Bosco**; en él todo era calma inalterable, su comportamiento siempre uniforme y sus mismos cuidados y solicitudes no bastaban para alterar su perfecta tranquilidad. Sabía depositar en el seno del Señor sus ansiedades, y allí encontraba sosten, seguro de que Dios no permite que el justo se agite eternamente.

Y si tanto poder ejercía en el corazón y en el espíritu de cuantos se le acercaban ¿por qué maravillarse de que lo ejercitara aún entre los más indisciplinados y díscolos?

Oidme una prueba. En los primeros días de Mayo de 1855 **Don Bosco** daba los santos ejercicios espirituales en Turín en la casa de corrección para niños extraviados. Terminados los ejercicios con gran fruto y satisfacción, concibió la idea de premiar á aquellos pobres niños desgraciados con un día de paseo y de libertad. Presentóse con este objeto al director de la Casa de Corrección pidién-

dole que dejara libres, por favor, á los trescientos ó más niños detenidos, para que hicieran un paseo bajo su vigilancia á la villa de Stupinigi. «Le ruego, dijo, que ordene que mañana se ábran las puertas de la prisión para que los detenidos vayan conmigo á hacer un paseo hasta Stupinigi en premio de la atención con que me han oído durante los ejercicios espirituales.» El director al principio tomó como burla una petición tan extraña; pero **D. Bosco** insistió, y no tuvo otra respuesta que el ser eso una locura y que, por otra parte, sólo el ministro de lo interior podía conceder lo solicitado. Sin desalentarse en lo más mínimo, dirigióse **D. Bosco** al ministro repitiendo la misma solicitud indicada; y tambien el ministro (1) encontró en aquella petición algo de tan enorme, que casi se sentía inclinado á calificarla de locura y empresa irrealizable. Respondió **D. Bosco** con toda calma que aquello era muy posible; y despues de repetidas consideraciones consintió el ministro, pero bajo la condición de que fueran los niños asistidos por una escolta de quinientos carabineros. No agradó, sin embargo, al hombre Dios el uso de la fuerza, cuando á su juicio abundaba la gracia. «No habrán, agregó, ni reacios ni rezagados. Yo asumo toda la responsabilidad, y despues de haber concedido algunas horas de libertad á estos pobres infelices, los volveré á conducir á todos á su prisión; yo os reitero una formal promesa.» El ministro no supo resistir, y **D. Bosco** se dispuso en el acto para el singular paseo.

¡ Admirable espectáculo se ofrecía al público turinés! Se abrian las puertas de la cárcel á una comitiva de más de trescientos niños, como si fueran comensales de algun noble colegio, solo bajo la vigilancia de nuestro **D. Bosco** y se dirigian en buen orden hácia Stupinigi en las primeras horas de la mañana. Fué aquel un dia de inefable alegría para **D. Bosco** y para sus protegidos.

Pero para el ministro y para la dirección de la casa correccional fueron horas de sobresaltos y trepidaciones, dudosos como estaban del éxito del asunto. Cuando hé aquí que al caer de la tarde **Don Bosco** á la cabeza de su comitiva entra en la ciudad y entrega los niños á los guardias de la cárcel con gran admiración de todos, sin que faltara uno solo. Entonces el ministro Ratazzi dijo á **D. Bosco**:

(1) Ratazzi.

«Reconozco que vosotros, apóstoles de Dios, teneis una fuerza moral misteriosa, superior á cualquiera fuerza material de que nosotros podamos disponer. Vosotros podeis reinar en el corazón de la juventud, nosotros no podemos; ese dominio os está reservado á vosotros.»

Sería superfluo hacer comentarios sobre este hecho sin precedente. Más bien: nos servirá para ayudarnos á esclarecer la causa recóndita de las obras portentosas que se van acumulando en la historia de **D. Bosco**. Este hombre estaba absorto en Dios y Dios obraba en él. Su acción debía ser proporcionada á la facultad.

El *Oratorio* de San Francisco de Sales tomaba cada dia formas más relevantes, más destacadas y más imponentes. **D. Bosco** era siempre el padre, el maestro en todo, en las ciencias, en la música, en las artes y en oficios de todo género, en todas las clases y en todos los talleres. Aquí es **D. Bosco** quien enseña la gramática, el latin, el griego y el italiano; allá es **D. Bosco** el que toca todos los instrumentos musicales que le vienen á las manos y enseña la música. Entre los carpinteros, los zapateros y los sastres, allí está **Don Bosco**; en la mesa, en el recreo **D. Bosco** habla, dirige, enseña, tiene aлегre la ya numerosa familia de sus queridos niños, que con increíble sumisión y deferencia amorosamente filial parecían colgados de sus miradas y de sus palabras. El nombre de **D. Bosco** había ya llegado á ser objeto de afectuosa admiración y simpatía en todo el Piamonte, y por este medio él difunde la prensa y extiende su apostolado.

El *Oratorio* de San Francisco de Sales puede considerarse como una fuente, pero las aguas necesitaban regadores para anegar la campaña; aquello podía ser un arsenal ó fundición de armas, mas el campo de batalla estaba afuera; podía ser una oficina de instrumentos de labranza, pero el campo de cultivo no estaba allí. El *Oratorio* por la exuberancia de sus fuerzas y por el impulso de su espíritu, debía desarrollarse fuera de su órbita nativa. Mirad sus primeras fundaciones. Mirabello en el Monfenrrato, Lanzo Turines, Varazze, Alassio y otras en la Liguria. Entre tanto, como en el mismo *Oratorio* crecía la multitud de los niños y se multiplicaban, **D. Bosco** mismo tenía tambien que multiplicarse.

Pero Dios, que siempre es admirable en sus santos, no dejó de serlo en nuestro **D. Bosco**. La obra tenía todo el aspecto de la magnificencia, grandes eran las esperanzas que hacía concebir. Su duración debía corresponder á su principio, y **D. Bosco** no se detenía para descansar sobre los primeros laureles, sino que se entregaba del todo á indagar la divina voluntad por medio de la más ferviente oración. Se había multiplicado; ahora necesitaba, por así decirlo, perpetuarse. Si su espíritu era el espíritu de Dios y su obra voluntad del cielo, era preciso volverse á Dios y de Él esperar estabilidad para la empresa. El cielo jamás se cierra á los suspiros del siervo fiel, y el pensamiento de una órden religiosa informada de su propio espíritu se hacía camino en medio de mil dificultades é incertidumbres. En verdad, muy contrarios vientos soplaban, pero **D. Bosco** sabía que «el que observa los vientos no siembra y el que atiende á las nubes no cosechará (1).» Parecía, pues, que se había acercado con la voluntad de Dios; la obra de **D. Bosco** exigía una organización estable que le asegurase la duración y el movimiento ordenado al través del tiempo; era necesario trazar un plan, una regla y humillarla á los piés del Supremo Pastor. Así se hizo.

La Congregación Salesiana está conómicamente instituida, privilegiada y aprobada con el fin de que tome bajo su cuidado á los hijos del pueblo y especialmente á los pobres huérfanos ó abandonados; ella tiene en realidad todo el espíritu de **D. Bosco**, que es la guerra del bien contra el mal, el cuidar del pueblo cristiano en todo lo que mira á la instrucción religiosa. La idea es vasta, pero señalada para las necesidades de nuestro siglo.

La sanción de la Sede Apostólica no fué sólo una afirmación, un afianzamiento, sino más bien una trasmisión de nueva vida, una renovación de lo que ya existía de hecho. Por tanto, nuevas gracias, nuevas luces, fuerzas nuevas y portentosa fecundidad.

El íntimo afecto que indisolublemente me liga á la veneranda memoria de nuestro **D. Bosco**, no será parte, señores, para oscurecer mi entendimiento y llevarme más allá de los confines de la verdad.

(1) ECCLESIASTE, c. 11, v. 4.

Por otra parte, tal es el conocimiento que tengo de los hechos, que el ocultarlos ántes sería vileza que prudencia. Ya lo he dicho, la sanción apostólica fué una gracia fecunda. Y **D. Bosco**, colocado canónicamente sobre la montaña á la cabeza de su milicia sabiamente organizada, no dá un instante de reposo á sus columnas armadas. Tiene á su cuidado á los niños abandonados, los recoge, los instruye, los morigera, les enseña un arte, un oficio, multiplica los laboratorios; por consiguiente á los principales les agrega nuevas invenciones, como encuadernación de libros, fundiciones de caracteres para imprimir, fábrica de papel y tipografía en grandes proporciones; y al mismo tiempo que abre nuevas casas, hace salir del Oratorio, como un torrente de aguas saludables, las publicaciones católicas. Pero ¡qué extrañar! con el movimiento crece la fuerza y la caridad y con el ejercicio aumenta su poder. El Piamonte, la Italia entera parece campo estrecho para la imponente acción de nuestro **D. Bosco**. Atraviesa los Alpes, los Pirineos, el Océano. **Don Bosco** está en Francia, en España, en el Tirol, en Inglaterra, en América del Sur, en la Patagonia. En todas partes él es el padre, el maestro, el bienhechor de los hijos del pueblo. Trescientos cincuenta son las obras y casas fundadas por él; cerca de trescientos mil los alumnos y huérfanos bajo su dirección, y la nueva Congregación en vida de su fundador cuenta cerca de ochocientos salesianos, profesores y maestros legalmente reconocidos por el poder civil; mil quinientas escuelas y laboratorios; veinte tipografías que continuamente trabajan en la difusión de la buena prensa, sin contar los muchos millones de volúmenes que salen de las oficinas salesianas impresos en italiano, en latin, en griego, en francés, en español, en portugués. La historia, la literatura, las matemáticas, los libros santos, la apología de los pontífices romanos, todo aquello que es capaz de curar los males de la familia, de dar buena dirección á la juventud, salvar á la sociedad de que se precipite en la barbarie, todo, todo **D. Bosco** lo pone por obra. Dejo sin enumeraros los vastos templos que edificó desde sus cimientos, pero debo deciros alguna palabra del santo empeño y coraje con que trabajó para edificar este mismo santuario consagrado al Corazón Sacratísimo de Jesús; símbolo verdadero de aquella caridad que encendida en el corazón de **D. Bosco**, le hizo obrar tantos prodigios

como son sus empresas, entre las que no es la última su entusiasta misión á la América donde, ántes de dejar **D. Bosco** el campo del combate, ya contaba unos doscientos de sus hijos allá en el campo de la civilización y de la religión con treinta casas ó estaciones de misioneros.

Pero hablándoos de misiones, ¿podría acaso olvidarme de ese puñado de heroínas que, abandonando la Italia y la Europa, corren con santa audacia al lado de los soldados de Cristo, fuertes con la misma fé que ellos é inflamadas en la misma caridad?

Pues esas son las hijas de María Auxiliadora, creadas por nuestro venerado **D. Bosco** e hijas de la nueva Congregación que lleva uno de los títulos de la Madre Inmaculada de los cristianos. **Don Bosco** amaba las almas y estudiaba los modos de ponerlas en salvo; proveyendo á las necesidades de los niños, no podía olvidar á las niñas en un siglo en que el espíritu de perversión ha llegado á hacer escarnio de la honestidad y del pudor del sexo débil. ¡ Ah! ¡ sí! La caridad de **D. Bosco** debía pensar también en prevenir mayores destrozos y ruinas á la sociedad moderna: su obra no fué estéril. Las hijas de María Auxiliadora se han multiplicado como por encanto y cuentan ya con no menor número de casas que los salesianos, con mil quinientas inscritas, con talleres, colegios, escuelas, asilos para la infancia y oratorios festivos.

¡ Y pensar que todos estos trabajos, empresas y lo que es más, éxitos y todo este aparato de múltiples, imponentes y dispendiosas obras en medio de obstáculos sin cuento, ha sido realizado por la caridad de **D. Bosco**, privado de recursos de fortuna y que se encontraba solo para idear los planes y solo para coordinar los asaltos á las fortalezas levantadas por los enemigos del bien! En presencia de todo esto no puedo ménos de inclinar reverente mi cabeza para dar gracias á Dios porque á la apostasía y pervertimiento de una parte de su pueblo, responde concediendo á la humanidad un **D. Bosco**, honor, apóstol, atleta del siglo XIX, que haciendo uso de todas las fuerzas recibidas de la naturaleza y de la gracia, sostiene la lucha contra el mal con valor y ardimiento dignos de los más grandes héroes.

Y no me digáis, señores, que **D. Bosco** con las gracias superabundantes que de Dios recibía, obraba prodigios, que yo en el

proceso de sus empresas no conozco ninguno: este es el prodigio de toda su vida.

Yo no me sé dar razón, nada entiendo de cuanto **D. Bosco** ha hecho, sin que en mi mente presuponga la intervención divina, única capaz de obrar prodigios. Milagro en realidad, según la doctrina del Ángel de las escuelas, es un hecho cuya causa está simplemente oculta para todos: pero esta causa es Dios; de donde se sigue que las cosas hechas por Dios, por causas que no nos son conocidas, son milagros (1). Y el que en la vida de nuestro **D. Bosco** se hallen hechos especiales á los cuales puede aplicárseles la doctrina del santo Doctor, no es de mi competencia el declararlo. Siento verdadera satisfacción el declarar mi incompetencia personal para indagar la causa de un efecto para mí lleno de cosas admirables.

Pero me llena sí de verdadero consuelo el considerar á nuestro venerando sacerdote que procede invariablemente con inquebrantable fé, movido siempre por el poder de una caridad laboriosísima é inextinguible, arrostrando por doquiera acontecimientos inesperados para la generalidad de los sabios, y conservando no obstante indefectiblemente sentimientos de la más profunda humildad. Así como en la caridad más encendida ardía sin consumirse, así también en los mayores éxitos y mejores sucesos, no se exaltaba. **D. Bosco** en sus pensamientos, en sus palabras, en sus afectos y en sus acciones es una imagen, es el retrato de un hombre verdaderamente humilde. Todo en él era humildad, pero su humildad se revestía de un entusiasta amor cuando sonaba en sus oídos la palabra sagrada *Pontífice Romano*; entonces se encendía, tomaba vida, hablaba con calor.

Ninguno de cuantos se le acercaron le oyó una palabra en este sentido que no fuese dirigida á la perfecta obediencia y á la docilidad de un inocente niño. Tarminantemente quiso que éste fuera el espíritu de su Congregación, no solo en general, sino singularmente en cada uno de los miembros que la componen; por esto dejó este espíritu en la regla de su piadosa Institución, como un tesoro y como una herencia para sus hijos. « Los socios reconocerán como su ár-

(1) *Pars. prima*, q. c. V, art. 7.

bitro y superior absoluto al Soberano Pontífice, al cual estarán en todo, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, humilde y respetuosamente sometidos. Y principalmente todos los miembros se empeñarán con la mayor solícitud en defender la autoridad y promover la observancia de las leyes de la Iglesia Católica y de su Supremo Gerarca, que es Legislador y Vicario de Jesucristo en la tierra (1).

Pues bien, este faro de caridad laboriosa, este hombre de virtud probada, este padre de los huérfanos, este apóstol y bienhechor de dos mundos, nos ha dejado!

Era un hombre de Dios y porque era de Él, Dios lo llamó á sí. **D. Bosco** con invisible poder realizó grandes cosas sobre la tierra, y me imagino que ahora las seguirá realizando coronado de gloria invisible desde el cielo. ¿Podremos, pues, abandonarnos al llanto como los que no tienen esperanza? ¡Ah! tenemos tantas y tan fundadas esperanzas, que aun cuando á la naturaleza pagamos el debido tributo de nuestro llanto, nuestras lágrimas caen endulzadas sobre nuestro corazón. Se alegran los que lo entienden; **D. Bosco** goza de verdadera dicha en su espíritu; á nosotros solo nos es dado suspirar por él, ó más bien, aspirar á la imitación de sus virtudes para volver á verlo en la gloria. Nos quedan sus ejemplos, nos hablan sus obras; en medio de nosotros vemos á cada instante su espíritu que nos conforta y alienta, y allá en medio de sus predilectos hijos están sus venerados despojos mortales!..... Y ¡Designios de la Providencia! Aquel depósito sagrado se guarda en el taller de la caridad y la ciencia de sus hijos que son su corona.

Precisamente allá, en Valsalice, donde tres meses ántes abría con ciento cincuenta jóvenes estudiantes salesianos, el seminario de las Misiones; allí reposan sus venerados restos; allí protegen su sombra la sombra de sus hijos; allí lo circundan los sauces del vecino torrente. « *Protegent umbræ, umbram ejus; circumdabunt eum salices torrentis* (2). » Los ángeles del cielo y las almas puras harán gloriosa la tumba de **D. Bosco**. Cubre la tierra su cuerpo, pero la

(1) Reglas de la Sociedad Salesiana, c. XI.

(2) Job. c. XI, v. 17.

fama de su virtud corre de boca en boca y su espíritu brilla más allá de las estrellas. *Corpus humo tegitur Fama per ora volat Spiritus astra tenet* (1).

¡Cuántos corazones reconocidos y admiradores entusiastas no saben apartarse de aquel sagrado túmulo y se inclinan, como plañidores sauces, sobre aquella fría lápida marmórea, para confirmarse en la fé y para encenderse en el fuego de la caridad! ¡Oh, si Dios, que tantas mercedes y gracias prodigaba á su siervo predilecto, descubiertos los secretos del gran libro, nos revelase el premio que concede á aquel que corresponde fielmente á los designios de la Providencia! ¡Oh, alma predilecta! «¡Oh, si tú abandonases los cielos y descendieses! A tu vista se desharian los montes (2) de nuestros deseos y votos.»

Pero el libro aun está cerrado: un velo lo oculta á los ojos de nuestro espíritu. Por esto, pues, mientras llega el suspirado día en que el libro se abra y manifieste por medio del infalible oráculo del Vaticano, es decir, hasta que el Leon de Judá, lleno del espíritu de Dios, determine abrir el libro de los impenetrables secretos divinos, «*aperire librum et solvere signacula ejus* (3),» hasta que él nos diga *venid y ved*; nos incumbe el deber de elevar al cielo los suspiros de nuestro corazón, para que la misericordia del Señor abra camino á su gloria y la humildad de su siervo le honre y glorifique.

¿Habré llevado mis palabras más allá de los límites de la justicia y de la prudencia?... He expuesto ingenuamente mis convicciones, ya que conocia mi insuficiencia para elogiar debidamente á un gigante de virtud como lo fué **D. Bosco**..... A la verdad yo no sabría decir quién, más completamente que él, haya triunfado de sí mismo ni quién haya desarrollado con mayor eficacia que él las inmensas fuerzas de la caridad.

En toda su vida y en todos sus actos se presenta con los caracteres incontestables de una misión extraordinaria ejecutada segun los planes de la Providencia divina. Fué sabio y sencillo, fuerte y tranquilo, incansable en los trabajos, suave y humilde en las más atre-

(1) Inscripción en el vestibulo de la iglesia de los Angeles, en Roma.

(2) ISAÍAS, c. 64, v. 1.

(3) APOCALIPSIS, c. V.

vidas empresas y siempre previsor y reflexivo. Con la caridad dió forma á su invencible fé y su caridad resplandecía en él siempre informada del fin, que era Dios. Venció por su egregia virtud, goza de memoria imperecedera y vivirá en la gloria eternamente ceñida la diadema con que lo coronó su madre en el día en que él se desposaba y en el día de las alegrías de su corazón.

Roma 23 de Febrero de 1888.

Emiliano Manacorda

Obispo de Fossano.



2

